

es no saber aún que se está bajo sentencia de vida, ni pedir que se conmute por la muerte. Cuando al soñar nos damos cuenta de que soñamos, el sueño está a punto de romperse; cuando al vivir nos damos cuenta de que vivimos, la pesadilla comienza. Ahora bien, si Shelley tuvo demasiada conciencia del sueño, pudo habersele aplicado el famoso y falso verso de Dryden con mucho menos de la mendacidad usual. Hasta su fin, en grado no común ni entre los poetas, retuvo Shelley la idiosincrasia de la niñez, ensanchada y madurada sin diferenciarse. Hasta su fin, Shelley fué el niño encantado.

Ello, como es bien sabido, está patente en su vida. También lo está, aunque de manera menos obvia, en su poesía, efluencia sincera de su vida. Por lo que no estará mal considerar si esa cualidad suya no sería condicionada por algo más allá de su naturaleza congénita. Nosotros creemos que parte igual al de la naturaleza suya tuvo, en darle carácter de niño, su temprano y largo aislamiento. Los hombres dados al retiro y al estudio abstracto es notorio que contraen cierto grado de niñez; y si éste es el caso cuando segregamos a un hombre, ¡cuánto más no lo será cuando segregamos a un niño! Cuando se les echa en la solución de la vida de la escuela, los párvulos, por el intercambio de influencias recíprocas con sus compañeros, sufren las series de reacciones que los hacen de niños muchachos y de muchachos hombres. Para llegar a la etapa final hay que atravesar la intermediaria.

Y bien; Shelley no pudo haber sido hombre, porque nunca fue muchacho. Y la razón está en la persecución que nubló sus días de escuela. Del efecto de esa persecución en su carácter nos ha dejado *The Revolt of Islam*, cuadro que a muchos o a la mayoría les parecerá exageración poética; en parte porque Shelley parece haber escapado la brutalidad física, en parte porque los grandes tienden a sonreírse con ternura de los pesares de los niños no causados por sufrimiento físico. Qué escapara de la violencia corporal, no viene nada al caso. Es la mezquina y maligna molestia repetida hora por hora, día tras día, mes y mes, hasta que su acumulación se hace agonía; es esto el arma terrible que los muchachos esgrimen contra su compañero, quien no puede escapar porque, a diferencia del adulto, no tiene soledad ni refugio privado. Suyo es el tormento que los antiguos empleaban cuando untaban de miel la víctima y la exponían desnuda a la incesante fiebre de las moscas. Él es, el niño atormentado, pequeño San Sebastián acribillado por el vuelo incesante de saetas que habilmente esquivan las partes vitales.

Por consiguiente no sospechamos exageración en Shelley: no cabe duda de que sufrió dolor terrible. Quienes piensen de otro modo será porque han olvidado su pasado propio. La mayoría de la gente, nos suponemos, *deben* de haber olvidado cómo eran cuando niños: si no, sabrían que los pesares de su niñez eran abandonos apasionados, *déchirants* (para emplear una frase característica de la literatura moderna de Francia) como las

penas de su madurez. Los pesares del niño son pequeños, es cierto; pero pequeño es él también, pequeña su capacidad para aguantar, pequeño el campo de su visión, mientras que su impresionabilidad nerviosa es más delicada que la nuestra. El pesar es cuestión de relatividad; la pena debe estimarse en proporción con quien la sobrelleva; para unos una herida es tan dolorosa como la amputación para otros. Echad un charco dentro de un dedal, volcad un Atlántico en el Etna; ambos volcán y dedal desbordarán. ¡Adultos necios!, ¿no se sonreirían los ángeles de *nuestros* pesares, si no fuesen demasiado sabios para sonreír?

Así acosado, el niño huyó a la torre de su propia alma, y levantó el puente. De su organismo creó para sí una defensa de reserva, encerrado dentro de la cual creció hasta edad madura sin que le afectasen los contactos que modifican la madurez de otros y los convierten en lo que llamamos hombre. El niño encerrado en su crisálida se desarrolló hasta llegar a los años de la virilidad, aquellos últimos días en Oxford cuando lo halló Hogg; y entonces, rompiendo de golpe la crisálida envolvente, y rompiendo con la universidad al propio tiempo, se echó al mundo como quien se echa a nadar, al mundo que no sin razón pasmóse ante semejante capricho de los dioses. Fué desde luego, sólo lo completo y la duración de este aislamiento, de los portales de la adolescencia hasta los de la hombría, lo que fué peculiar de Shelley. La mayoría de los poetas, probablemente, como la mayoría de los santos, se preparan, para el cumplimiento de la misión que traen, por una segregación inicial, así como para germinar se entierra la semilla: antes de poder pronunciar el oráculo de la poesía se les separa del cuerpo de los hombres. La cabeza separada hace al serafín.

La vida Shelley frecuentemente muestra en él al niño magnificado. Se le ve en el cariño por diversiones aparentemente fútiles, como la de lanzar al agua barquillos de papel. Esto era, en la acepción más verídica de la palabra, espíritu de niñez, no, como se ha dicho y se ha creído frecuentemente, niñería. Es decir, no era trivialidad insulsa sino la facultad del espíritu verdaderamente infantil para dotar a las cosas mezquinas de interés imaginativo; la misma facultad, aunque distintamente aplicada, que produjo gran parte de su poesía. Muy posiblemente en el barquichuelo de papel veía la barca mágica de Láon y de Cythna, o—

*la embarcación delicadísima
en que es llevada la madre de los meses
a su cueva en occidente cuando baja la marea
de la noche.*

En verdad, si os fijáis qué idea tan favorita, bajo tan variadas formas, es ésta en su poesía, percibiréis que todas las barcas encantadas que se deslizan río abajo en la corriente de su verso no son sino resurrecciones glorificadas de los diminutos galeones de papel que echaba a navegar temblorosos en las aguas del Isis.

Y el niño se mostraba no menos fre-

cuentemente en el Shelley filósofo que en el Shelley juguetero y ocioso. Se le ve en sus debilidades repulsivas no menos que en las amables; en la locura ineducable de un amor que hizo punto de partida lo que debió ser punto de arribo después de mucho anhelo, y que firmemente esperaba reposo espiritual de cada nueva divinidad aún cuando no lo había hallado en ninguna de las divinidades anteriores. Pues estamos claros de que el suyo no era un mero revolotear de apetito sensual, sino un vagar, extraño y deplorable, del espíritu; y (contrariamente a lo que ha dicho Coventry Patmore) no dejaba a una mujer porque estuviese cansado de sus brazos sino porque estaba cansado de su alma. Cuando halló deficiente a Mary Shelley, parece haber cometido el error de Wordsworth, quien se quejó, en un encantador trozo de sin razón, de que el amor de su esposa, que había sido fuente, fuese ahora pozo sólo:—

*Cambio tal, y a la propia puerta
de mi desvariado corazón, me ha empobrecido.*

Probablemente Wordsworth aprendió, lo que Shelley era incapaz de aprender, que el amor no puede ser perpetuamente fuente. Un poeta vivo, en un artículo⁽¹⁾ sobre el que casi teméis respirar por no barrer con el aliento su florido colorido espolvoreado como al pastel, ha dicho lo que había de decirse: «El amor tiene sus momentos de marejada, sus altos y sus bajos que se deben a la métrica regla del corazón interior». La razón elemental debiera proclamar la verdad de esto. El amor es un afecto, su manifestación una emoción: el amor es el aire, su manifestación es el viento. Un afecto puede ser constante; una emoción no puede ser más constante de lo que puede el viento soplar constantemente. Todo, pues, cuanto un hombre razonablemente ha de exigir de su esposa es que su amor sea en verdad un pozo. Un pozo; pero un pozo de Bethesda, al que, de tiempo en tiempo, el ángel de la ternura baje a agitar las aguas para que el amado sane. Amor así la segunda esposa de Shelley parece indiscutiblemente haberle dado. Más aún, contentábase con permanecerle fiel mientras que él variaba; era su compañera intelectual, compartía sus puntos de vista, se penetraba en sus aspiraciones, y no obstante, no obstante todo eso, aún en la época del *Epipsychidion*, el niño bobo, su marido, le daba el papel de luna a ella y el de sol a Emilia Viviani, y lamentábase de que una fría y encallecida sociedad le prohibiese alcanzar la final, segura, irrevertible dicha. Sin embargo, pocos poetas antes, y poeta ninguno después, hallaron pareja tan conforme, hasta que Browning se agachó y levantó un alma de bellissimo cuño que yacía ensarrada en un charco de lágrimas.

En verdad, su infelicidad y descontento con la vida, en cuanto no fué el castigo inevitable del anarca moral, puede adscribirse sólo a esta misma irracionalidad de niño, aunque, en tal forma, es irracionalidad a duras penas peculiar

(1) Alice Meynell.